

DE LOS ESTUDIOS CULTURALES A LA INTERDISCIPLINARIEDAD: LOS AVATARES DEL CAMPO DISCIPLINAR DE LA COMUNICOLOGÍA

*Valeria Fernández Hasan
Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)
vfhasan@arnet.com.ar*

Resumen

El campo de la comunicología, como toda nueva disciplina, presenta interrogantes profundos a la hora de revisar alcances, límites y confluencias. Analizamos aquí la dificultad que trae aparejada la desformalización cuando no se ha pasado por períodos e instancias previos de formalización. Los Estudios Culturales y la interdisciplinariedad son la marca característica del naciente campo. A través de su revisión y crítica esbozamos como alternativa plausible el volver a considerar la discusión acerca de la disputa Totalidad vs. Acontecimiento, planteándonos qué tendría de positivo un pensamiento que hiciera de la totalidad su ángulo de mira.

La comunicología tras su objeto

El campo de la comunicología, como toda nueva disciplina, plantea interrogantes profundos a la hora de revisar alcances, límites y confluencias. La confusión parte ya desde la dificultad de identificar de qué hablamos cuando hablamos de campo de la Comunicación Social en un sentido amplio. Las denominaciones van desde las Ciencias de la Comunicación, hasta la Comunicología, los Estudios Comunicacionales, el campo comunicacional, las Ciencias de la Información, llegando incluso a confundirse y/o asimilarse al mismo Periodismo. Es bien inteligible entonces, en qué sentido se sostiene que la Comunicología resulta clara muestra de algunas confusiones a que puede llevar la desformalización cuando no se ha pasado por períodos e instancias previos de formalización.

La Comunicología trabaja sobre un objeto empírico propio pero desde los objetos teóricos de disciplinas diversas (1). Como señala el epistemólogo argentino Roberto Follari, sería imposible hacer Comunicología autónoma, disociada de la explicación que sobre los procesos de interpretación, emisión, recepción, etcétera, se ofrecen a partir de la sociología, la psicología o la lingüística (Follari, 1999). No hay autonomía de este campo disciplinar ya que su objeto no surge desde la peculiaridad de constitución de un nuevo campo teórico, sino desde la directa necesidad social de explicarse un espacio concreto de funcionamiento de ámbitos de lo real.

La cuestión del objeto convoca a propios y ajenos en un debate que será difícil de zanjar. En este sentido aparecen dos problemas asociados que hacen de la comunicología como disciplina científica un exponente claro de los tiempos posmodernos que presenciamos. Uno de ellos es la asunción light del creciente peso de los medios, por la que se adopta a partir de la noción de receptor activo una especie de conformismo populista, según el cual poco importa qué es lo que se propala, dado que el receptor siempre decodificaría a su manera (Follari, 1999). El segundo problema, relacionado como dijimos, con el anterior, es la fuerte hegemonía que los

Estudios Culturales (EC) ejercen dentro del campo. Como señala Follari, no se trata de que los EC no sean pertinentes, sino de fijar en qué consiste su pertinencia, de modo de que se los entienda como un insumo imprescindible, pero aplicados a una especificidad que desborda la sola apelación antropológica.

Los estudios culturales en debate

El debate en torno de los estudios culturales (EC) ha ido cobrando relevancia en los últimos años. Retomar aquí la discusión, puede colaborar con el necesario rompimiento del sentido común instaurado acerca de lo que los EC tienen de positivo y de negativo. Ya Bourdieu advertía sobre la vigilancia epistemológica, imprescindible sobre todo en las ciencias sociales, donde opinión y discurso científico se mezclan continuamente. “El descubrimiento no se reduce nunca a una simple lectura de lo real [...] puesto que supone siempre la ruptura con lo real y las configuraciones que éste propone a la percepción” (Bourdieu, 1998: 29).

Hasta comienzos de los '90, la autoimagen de los estudios culturales como movimiento de contestación y combate político era letra común en la academia. Sin embargo, tras una década de producciones e intervenciones, algunas voces han comenzado a levantarse para hacer de la crítica una disputa fuerte y contundente. Mulhern sostiene que “[...] es romántico seguir pensando los estudios culturales como una ‘intervención’. Ahora son una actividad académica instituida; y una actividad académica, cualesquiera sean sus méritos intrínsecos, es inevitablemente algo distinto de un proyecto político” (Reynoso, 2000: 173). En la misma dirección, el propio Follari, desde una mirada epistemológica, asevera que los estudios culturales muestran una gran tendencia al expresionismo descriptivo y cierta debilidad a la hora de la explicación (2002: 96).

Como sabemos, los EC devienen en la versión local de los Cultural Studies británicos aunque, nunca está de más aclararlo, se alejan de ellos en más de un punto y, en algunos casos, como en el de Jesús Martín Barbero o Néstor García Canclini, ni siquiera aparece la correspondiente cita a la Escuela de Birmingham.

Williams y Hoggart aparecían claramente ligados al marxismo inglés, con énfasis fuerte en lo cultural aunque con déficits en lo económico. Su combate era por la autoconciencia de las clases populares en su cotidianidad. Nada de esto puede encontrarse en los trabajos de los americanos. Tampoco en los latinoamericanos más identificados con la problemática culturalista. La epistemología implícita del shopping (García Canclini, 1998) y la recepción activa han inundado el discurso limitando el alcance de la mirada. Al descuidar, casi descartar como obsoleta, la relación existente entre la textualidad producida por la lucha de clases y las formas en que los discursos se encarnan en instituciones, prácticas, conductas y enunciados materiales, solamente les resta una apología de la época, un brindis festivo por las diferencias y, como anunciara Grüner, la enunciación de una nueva teoría de la sociedad multicultural que procura aumentar la tolerancia y el respeto a la diversidad, dejando de lado la posibilidad de repensar la diferencia cultural a través de nociones de jerarquía y hegemonía y diluyendo, progresivamente, las consideraciones en torno a la desigualdad (Grüner, 1998: 22-26) (2).

Los EC emergieron en una tensión dentro de un horizonte que

conservaba la potencia crítica. Sin embargo, con el tiempo y las relocalizaciones fueron cediendo hacia conceptualizaciones que implicaron una clara renuncia a la tradición de la que emergieron. De este modo, al ingresar a las universidades americanas, perdieron lo que los hizo originales en sus inicios y el reto al poder académico quedó diluido. En este sentido, solamente pueden postular la crítica a las disciplinas, a partir de la idea de interdisciplinariedad, y a la departamentalización. En la conquista de los EC británicos por los EEUU, lo que ocurrió es que se descuidó la doble cara del proceso de comunicación y la capacidad de mantener su tensión. Los aspectos material y discursivo deben mantenerse en tensión sin que uno anule al otro. El acento en el proceso de apropiación y construcción de sentido ha perdido de vista aquél que explica las condiciones específicas de su producción. En la misma dirección, David Morley sostiene que uno de los rasgos de la apropiación de los EC en EEUU consistió en perder el sentido de arraigo de los procesos de comunicación en la reproducción social y en la política. En este sentido Morley ve el peligro de que los EC se profesionalicen e institucionalicen en torno de una facundia teórica de formalismo deconstructivista por el que la “textualización abrumadora de los discursos de los EC transforma el poder y la política en cuestiones de mero lenguaje” (Morley, 1998: 17-19).

Los EC americanos y los EC latinoamericanos tienen modalidades y temáticas diferentes. En EEUU predomina el poscolonialismo mientras que en Latinoamérica prevalecen acercamientos a la transculturación o una reconversión cultural al modo antropológico (4). Serían de este tipo, entonces, los estudios realizados por Martín Barbero, Orozco Gómez o García Canclini, solamente por nombrar tres representantes de países diferentes. Y no resulta una elección azarosa ya que en los tres casos se repiten los problemas anticipados por Reynoso y por Follari, esto es, por un lado, que la dificultad de los EC no es que celebren las prácticas de los sujetos sino que al carecer de una descripción de ambientes sociales específicos terminen usando una y otra vez la palabra resistencia sin el preciso valor analítico; y por otro, un abandono de lo estructural devenido en obstáculo para el análisis de lo político con la consecuente caída de percepción de la dimensión política y cierta indefinición ideológica (Reynoso, 2000: 183, Follari, 2002: 103).

En América Latina los EC han tenido gran penetración y su mérito ha sido la capacidad para hablar sobre lo plebeyo, las cosas de la vida cotidiana (deportes, ocio, telenovelas, talk shows, pandillas urbanas). El lado negativo es que perdieron, fuertemente, el filo crítico. El positivo, que hicieron de su objeto aquello que se identifica con los intereses más comunes de la gente. Es de destacar además que el estudio de las identidades desde la cultura es una de sus mayores virtudes. Fueron los EC quienes sostuvieron la idea de que la identidad ha sido construida y que la tradición es una invención. Sin embargo, “[...] los conceptos explícitamente políticos (clase, estado, lucha, capital, trabajo, revolución) han sido desplazados por la celebración populista de las cualidades de su objeto” (Reynoso, 2000: 179). De acuerdo con Reynoso, la despolitización de los EC puede leerse como ruptura con toda forma de economía política y de análisis macroestructural.

Interdisciplina como búsqueda del todo del conocimiento

Posmodernidad, deconstrucción, estudios culturales... ejes centrales que discuten e intentan dar forma al campo comunicológico (4). No obstante, no sólo de esto se trata. Junto a la deconstrucción y los EC aparece otra característica, también problemática para la comunicología y que va de la mano de las anteriores. Nos referimos a la tan mentada interdisciplinariedad propuesta por unos y otros y que la comunicología ha hecho bandera de la mano de García Canclini, entre otros que como él, invitan y dan la bienvenida a una epistemología blanda por ser más adecuada para captar los fenómenos históricos.

La interdisciplina ha devenido renovación de las primeras ilusiones respecto de las bondades de la ciencia. En este sentido, aparece ligada a la idea de que cualquier reunión de varias disciplinas resultará en interdisciplina. Esta idea funciona como solución imaginaria en un momento donde los lenguajes técnicos son cada vez más sofisticados y aparece la necesidad de volver al todo del conocimiento. Aparece como idealidad de ciencia unificada.

Por interdisciplina entendemos la constitución de una unidad orgánica nueva que no estaba, previamente, en ninguna de las disciplinas que la conforman. Desde este punto de vista, implica necesariamente, una integración. Lograr universalidad no es obligatorio. Puede ser de alcance más restringido como los intentos llevados a cabo por los estudios en desarrollo, salud y medio ambiente, por ejemplo. De acuerdo con Léo Apostel, interdisciplinariedad es la cooperación entre varias disciplinas o sectores heterogéneos de una misma ciencia que llevan a interacciones reales, hacia una cierta reciprocidad de intercambios que dan como resultado un enriquecimiento mutuo (1975: 167).

Como vemos no existe un sujeto individual interdisciplinario sino que implica trabajo colectivo y labor grupal. "La unión interdisciplinar no tiene nada de natural, es siempre precaria y problemática" (Follari, 2002: 85). También Kuhn (1989), aporta lo suyo al introducir su noción de inconmensurabilidad. Para él, el problema no es el referente sino el significado. El problema es irresoluble en términos de cuál paradigma es mejor ya que cada uno tiene sus propias técnicas, formas de validación, fundamentaciones, temas decisivos. Resulta imposible recuperar una totalidad científica que jamás existió ya que los objetos de conocimiento nunca fueron parte de un conocimiento unitario y continuo. Por tanto, la interdisciplinariedad no recupera una supuesta unidad de la realidad ni reemplaza lo disciplinar ya que la conformación del conocimiento es, precisamente, disciplinar. La interdisciplinariedad no podría existir sin una formación disciplinar previa.

No hay aspectos comunes desde los que empezar el diálogo al que llaman los teóricos de los EC, pero no sólo ellos. En este sentido, Flórez Malagón indica que desde mediados del siglo XX comienzan a surgir nuevos campos como los EC y los estudios poscoloniales, para abordar los fenómenos sociales (Flórez Malagón, 2002). No se constituyen como nuevas disciplinas, sino como un espacio más allá de las disciplinas que ha contribuido a desestabilizar la división tradicional del conocimiento. Así, estos campos no presentan sus propios principios, teorías o métodos, sino que se apropian de las teorías y metodologías de las distintas ciencias sociales y algunas humanidades y las adaptan. De este modo, entonces,

la tendencia interdisciplinaria comprende un amplio abanico que va desde la deconstrucción, los estudios poscoloniales, los estudios culturales, algunas disciplinas incipientes como la comunicología, para arribar a los medios de comunicación y la sociología espontánea (5).

Totalidad vs. acontecimiento o acontecimiento en la totalidad

Casi sin proponérselo desembocamos en una problemática mayor, más abarcativa, y también por qué no, abiertamente política. Esto es, la discusión acerca de la disputa Totalidad vs. Acontecimiento. ¿Qué sentido podría tener hoy retomar la idea de totalidad? ¿Con qué límites podríamos encontrarnos y qué tendría de positivo para la Comunicología un pensamiento que hiciera de la totalidad su ángulo de mira?

El capitalismo actual no puede entenderse sólo a través de microanálisis ni únicamente como conocimiento ni como práctica política.

Totalidad y singularidad deben resintetizarse encontrando un equilibrio nuevo. En este sentido, Jameson, propone volver a los mapas cognitivos del presente y retoma lo fragmentario desde una visión de totalidad. Su manera de explicar lo fragmentario es a través de la dialéctica ya que de ese modo puede facilitarse el entendimiento de la historia. “La reconstrucción histórica, entonces, la postulación de caracterizaciones e hipótesis globales, la abstracción de la floreciente y zumbante confusión de la inmediatez, fue siempre una intervención radical en el aquí y ahora, y la promesa, de resistencia a sus ciegas fatalidades” (Jameson, 1998b: 58).

Jameson se pregunta por qué los conceptos de totalidad parecieron necesarios en ciertos momentos históricos y perniciosos en otros, como el actual. En este sentido, señala que en esta etapa ampliada del capitalismo clásico de la que somos testigos, se han borrado muchos de los enclaves de la diferencia socioeconómica a través de la colonización y absorción por la forma mercancía. De acuerdo con esto resulta plausible sugerir que la declinación de la percepción de la historia y la resistencia a conceptos totalizadores como el modo de producción, devienen una función de esa universalización del capitalismo (Jameson, 1998b: 67). Sin embargo, sostiene, el modo de producción incluye dentro de sí una variedad de contrafuerzas y nuevas tendencias, residuales y emergentes, que debe intentar controlar. Si esas fuerzas heterogéneas no tuvieran una eficacia propia, el proyecto hegemónico no sería necesario. Como vemos, el todo no es un todo homogéneo. La totalidad está conformada por diferencias y la singularidad no tiene razones para diluirse en la totalidad. Estar articulado no significa homogeneizado. Así, la parte dice algo del todo y al mismo tiempo, no es lo mismo que él. El conjunto sirve para entender la parte pero no es su reducción. Al decir de Parisi, el ser se ex-presencia de muchas maneras pero dicha ex-presencia no sobrepasa la totalidad ontológica como tal, que es idéntica y unívoca. El fundamento es uno, es neutro y trágicamente así, como es.

Reivindicar la dialéctica en los estudios comunicacionales puede parecer tal vez anacrónico y lejano a las peculiaridades propias del campo. En tiempos de celebración por el acontecimiento, de microhistorias, receptores activos y textualidad, todo aquello que tenga que ver con negatividad, historicidad y totalidad puede resultar una empresa imposible de lograr.

El todo de la dialéctica no es cualquier todo, sino el todo social. Es una expresión de la práctica y por tanto, para modificar el conocimiento se deberán cambiar las prácticas institucionales del conocimiento. Como vemos, el eje no es la ciencia, sino los sujetos. Para recuperar la totalidad social debemos comenzar por el análisis del propio sujeto inmerso en la totalidad y en este sentido reivindicamos la necesidad de una sociología de cada profesión que resitúe la historia de cada disciplina, sus implicancias, sus condicionantes y limitaciones, sus alcances y contextos, de modo que no sólo, la comunicología se ocupe de las comunidades interpretativas de consumidores, la democracia electrónica o la proliferación de signos, sino que la economía política de la comunicación encuentre su lugar como así también las explicaciones y las preguntas en torno de, por ejemplo, cómo las diferentes corrientes de la teoría económica conciben la naturaleza de la información; cuáles pueden ser las nuevas articulaciones entre lo mercantil y lo no mercantil en las redes electrónicas o mostrar cómo se manifiestan los déficits de legitimidad en esta fase posfordista de acumulación capitalista.

Cuestionar la cultura de masas realmente existente se ha convertido en excepción entre los especialistas y la conciliación con el sistema, aunque dibujada muchas veces de tolerancia a la diversidad, es la temática más recurrente. El auge de aceptación, como la forma teórica de los EC y aquí los estudios sobre comunicación no son excepción, es determinado desde las nuevas modalidades que la cultura asume dentro del capitalismo globalizado. En este sentido, Follari muestra que "hay una dialéctica sujeto-objeto de conocimiento, donde sin duda los primeros son influidos por los segundos. Pero esto se da en cualquier caso [...] y no basta por sí para explicar esta especie de sinfonía, donde una armonía preestablecida se da entre lo estudiado y la manera 'informal' de estudiarlo" (2002: 136).

Finalmente, la dialéctica tiene, insistimos, aún mucho para dar. Žizek señala que la dialéctica incita a ver aquello que se vive como obstáculo o impedimento, como el punto de partida para una torsión, como la condición de una nueva positividad (Žizek, 2001). El abandono del análisis del discurso y del rigor conceptual de lo semiológico, la pérdida de los límites de lo comunicacional, el ablandamiento ideológico que celebra el consumo y lo mediático, el auge de los EC en formato light, la literaturización y la textualización como formas predilectas de explicación y la pérdida de la vigilancia epistemológica son los síntomas más fuertes de una disciplina cuya particularidad consiste en haberse establecido desde el campo profesional hacia el científico y no al revés. Del desarrollo profesional y su consecuente rol social, las ciencias de la comunicación devinieron discurso académico sistemático en las universidades. Esto hizo que el interés prioritario no fuera, desde los orígenes, de tipo científico sino que viniera de lo que conocemos como "objeto real" (6).

La comunicología no debe, entonces, limitarse al estudio de la cultura en general, sino asumir lo que sea general para derivarlo a la explicitación concreta de los efectos comunicológicos específicos, haciendo una historia del problema y permitiendo que el análisis estructural complemente y alimente los discursos y prácticas comunicológicos. No hacerlo implicaría renunciar definitivamente a la especificidad de la ciencia, dejando paso al sentido común extendido según el cual

la ciencia debe reforzar, sin cuestionar, el conocimiento ya existente en la sociedad. Dicho de otro modo, la ciencia, en nuestro caso particular, la comunicología, debe preocuparse por distanciarse de la mera transcripción de valores, creencias y discursos previamente establecidos, para poder ponerlos en cuestión y a partir de allí, encontrando y propiciando, grietas y fisuras, ser actores de una nueva y fecunda positividad.

Notas

(1) Objeto teórico entendido de acuerdo a los postulados de Bourdieu (1998), esto es, como sistema de relaciones expresamente construido en función de una problemática teórica que permita someter a examen todos los aspectos de la realidad puestos en relación por los problemas que le son planteados. En el mismo sentido, es el propio Bachelard, quien sostiene que el vector racional va siempre de lo racional a lo real y no a la inversa.

(2) Fredric Jameson comenta al respecto que “[...] siempre que la teoría extranjera cruza el Atlántico, tiende a perder muchos de los matices políticos o de clase relacionados con su contexto [...] no hay caso más notable de este proceso que lo que ocurre con la actual reinvenición americana de lo que fue en Inglaterra una cuestión de militancia y un compromiso con el cambio social radical” (Jameson, 1998a: 92)

(3) Los estudios poscoloniales, originales de la India, han tenido una acogida importante en EEUU. El planteo que sostienen consiste en que existiría una racionalidad occidental dominante que habría organizado los saberes científicos existentes. De esta manera, todo aquello que no es comprendido por esta lógica occidental del saber, queda excluido como lo Otro. Los discursos poscoloniales tienen la pretensión de ser fuertemente políticos y se paran frente a los denominados anticolonialistas ya que éstos permanecerían dentro de la misma lógica. De este modo, se proponen como post ya que ser post es hablar el idioma de los ajenos a esa racionalidad. Su problemática básica es la geopolítica del poder y cómo estos sectores se expresan. En palabras de Homi Bhabha, “[...] la crítica poscolonial da testimonio de las fuerzas desiguales y desparejas de la representación cultural implicadas en la disputa por la autoridad política y social dentro del orden del mundo moderno. Las perspectivas poscoloniales emergen del testimonio colonial de países del Tercer Mundo y de los discursos de las ‘minorías’ dentro de las divisiones geopolíticas de Este y Oeste, Norte y Sur” (Baba, 2002: 211).

(4) No nos ocupamos aquí específicamente de la posmodernidad ni de la deconstrucción ya que, en esta ocasión, ambas resultan insumos para nuestro desarrollo. Sólo baste aclarar que entendemos por posmodernidad a la condición epocal no elegida que anuncia una serie de nuevos patrones que ligan mercado, democracia y libertad, esbozando el arribo de una época separada de la Modernidad, con características identificables como propias y distintas. Junto al respeto por la diferencia, la caída de los grandes relatos y la pluralidad de voces, el tema del poder desaparece como tal. No hay crítica y la resistencia ha sido liquidada. “Rebasamiento de lo moderno, no su superación, lo posmoderno no es lo contrario de lo moderno, ni tampoco su continuación homogénea, es la culminación de la modernidad donde ésta, a través de su propio impulso, se niega a sí misma” (Follari, 1990: 37). Por su parte, la deconstrucción, noción acuñada por Derrida, supone que siempre nos ubicamos en la textualidad ya que, se sostiene, toda significación se juega allí. “La deconstrucción como método permite seguir a los textos en su dinámica interna para hacer visible en ellos su tendencia autoritaria al logocentrismo, su abandono de la diferencia en la imposición generalizante del concepto, su pretensión de universalidad y liquidación permanente de lo específico y lo sensible” (Follari, 2000: 62-63.).

(5) La noción fue introducida por Bourdieu para hacer referencia a la experiencia ingenua del mundo social. “El lenguaje común que, en tanto tal, pasa inadvertido, encierra en su vocabulario y sintaxis toda una filosofía petrificada de lo social siempre dispuesta a resurgir en palabras comunes o expresiones complejas construidas con palabras comunes” (1998: 37).

(6) Bourdieu, Pierre y otros (1998): El oficio de sociólogo. México: Siglo XXI.

Bibliografía

- APOSTEL, Léo (1975). “La epistemología de las relaciones interdisciplinarias”. En Interdisciplinariedad. México. ANUIES Biblioteca de la Educación Superior.
- BHABHA, Homi K. (2002). El lugar de la cultura. Buenos Aires. Manantial.
- BOURDIEU, Pierre y otros (1998). El oficio de sociólogo.

México. Siglo XXI.

FLOREZ MALAGÓN, Alberto y Millán de Benavides, Carmen (2002). Desafíos de la transdisciplinariedad. Bogotá. Universidad Javeriana.

FOLLARI, Roberto (1980). Interdisciplinariedad. México. Azcapotzalco.

FOLLARI, Roberto (1990). Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina. Buenos Aires. Aique/ Rei/ IDEAS.

FOLLARI, Roberto (1999). "Comunicología latinoamericana: disciplina a la búsqueda de objeto". Revista Fundamentos en Humanidades. N° 1. Universidad Nacional de San Luis.

FOLLARI, Roberto (2000). Epistemología y sociedad. Acerca del debate contemporáneo. Rosario. Homo Sapiens.

FOLLARI, Roberto (2002). Teorías Débiles (Para una crítica de la reconstrucción y de los estudios culturales). Rosario. Homo Sapiens.

GARCÍA CANCLINI, Néstor (1998). "De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio". Revista Causas y azares. N° 7. Buenos Aires.

GRÜNER, Eduardo (1998). "El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Zizek". En Jameson, Fredric y Zizek, Slavoj. Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo. Buenos Aires. Paidós.

JAMESON, Fredric (1998a). El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998. Buenos Aires. Manantial.

JAMESON, Fredric y ZIZEK, Slavoj (1998b). Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo. Buenos Aires. Paidós.

KUHN, Thomas (1989). "Conmensurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad". En ¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos. Barcelona. Paidós/ ICE.

MORLEY, David (1998). Televisión, audiencias y estudios culturales. Buenos Aires. Amorrortu.

REYNOSO, Carlos (2000). Apogeo y decadencia de los estudios culturales. España. Gedisa.

ZIZEK, Slavoj (2001). El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política. Buenos Aires. Paidós.